

La estela del hospitalillo

Ignacio Villagrán

El 15 de febrero pasado celebramos el 25 aniversario de nuestra residencia municipal. En un sencillo acto en el que participaron los residentes y los empleados, conseguimos reunir a los componentes de la primera Junta Rectora con los de la Junta actual.

Bajo la presidencia de Avelina Jáuregui, se constituía en febrero de 1988 el *Patronato Municipal de la Residencia de Ancianos Sagrado Corazón*. Su órgano rector lo componían los vocales Agustín Aguirre (†), Pilar Briones, Lorea Egaña, Antton García, Manuel Irisarri, Adrián López, Valentín Marín (†), Arantza Urbieta y Vicente Zapirain (†). En sustitución de Juan José Durán, pasé a ocupar la función de secretario. Así comenzaba su andadura la nueva residencia, en un edificio recién construido en el barrio de Gabierrota, dotado de las instalaciones y equipamientos necesarios para atender a 105 ancianos.

Si bien esta fecha marca la constitución oficial del Patronato, la entrada en la residencia se había realizado antes, justo en vísperas de las navidades de 1987. En un principio se pensaba organizar el traslado de forma escalonada, pero la tensión que se vivía en la calle por la reivindicación del hospitalillo como gaztetxe y el riesgo de su inminente ocupación, precipitaron la decisión de abandonar el asilo en la mañana del 23 de diciembre. Quizás por eso de que el tiempo distorsiona los recuerdos, sus protagonistas evocan ahora aquel momento sin la crispación que se vivió antaño. Y con un cierto toque jocoso ya que, en medio de todo, se vivieron escenas ciertamente curiosas:

–Mientras sacábamos a los residentes en volandas, un grupo de jóvenes entraba por la verja y colocaba una pancarta en la terraza –nos cuenta una empleada que participó en el traslado–. Una

anciana reconoció a su nieto entre ellos. ¡Vaya bronca que le montó! –recuerda.

–La labor de las monjas y de las empleadas fue encomiable –asegura Juan José Durán, capellán y administrador por entonces del asilo–. Allí todo el mundo arrimó el hombro. Hasta hubo gente del pueblo que vino a echarnos una mano.

–Por lo visto, el desbarajuste debió ser mayúsculo –le digo.

–Bueno, no fue fácil evacuar a casi cincuenta ancianos de aquella manera tan precipitada. Porque aquello fue un desalojo en toda regla –insiste él–. Pero al final pudimos trasladar prácticamente todo: ropa, enseres personales, pequeños muebles... Peor suerte tuvieron otros –añade irónico.

Entre risas, Juan José Durán relata cómo un residente se percató de que había dejado olvidado una petaca de brandy y una cazadora que acababa de estrenar. Ingenuo él, se encaminó al día siguiente hacia el asilo con intención de recuperar sus pertenencias. Al acercarse a la entrada, vio a un grupo de jóvenes encaramados en el tejado, escuchando música a gran volumen. Uno de ellos llevaba puesta su cazadora. Cuando él le pidió que se





la devolviera, el joven le respondió: *¡Esta txupa es del pueblo!* Total que el hombre se tuvo que volver con lo puesto. *A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, ¿no?*, bromeó con el capellán. No le preguntó qué fue de la petaca, claro.

Salvado el desconcierto de los primeros días, los ancianos pudieron disfrutar de las fiestas navideñas dentro de la normalidad. A ello contribuyó el esfuerzo del personal y el empeño de la Junta Rectora en tener a punto las instalaciones. La cena de Noche Buena fue preparada por el maestro Luis Irizar y su equipo.

Debido a la demora en la construcción del edificio, la lista para entrar en la residencia superaba las cuarenta solicitudes. Su ingreso apremiaba y la Junta acordó la admisión inmediata de todas ellas, que se realizó a lo largo de los meses de marzo y abril. Y aunque ya se contaba con el apoyo de las religiosas y empleadas que trabajaban en el asilo, hubo que acelerar la contratación de personal para atender a los nuevos residentes. Los demás servicios se cubrieron como buenamente se pudo. Resultó original la manera en que se tuvo que montar, con carácter provisional, la recepción del centro: la Congregación no terminaba de destinar a las religiosas que se iban a hacer cargo de este servicio y pedimos la colaboración de los ancianos. Pablo Astudillo y José Ubierna se ofrecieron voluntarios. La imagen no podía ser más llamativa: con las manos apoyadas en el bastón, José Ubierna franqueaba la puerta de entrada, controlando las visitas en ademán de centinela, mientras Pablo Astudillo, ocupando la mesa de la centralita, atendía el teléfono y la megafonía. Con su voz grave, machacada por el tabaco, Pablo tenía la habilidad de convertir cualquier aviso en lo más parecido a un bando militar: *¡Atención, atención, señores residentes...!* Aún hoy, cuando paso por el mostrador de recepción, me viene al recuerdo aquella escena y trato de imaginar el gesto serio de Pablo, observando por encima de sus gafas de pasta negra; o el porte siempre alegre y dicharachero de José, charlando animado con las visitas.

A finales de abril la residencia contaba con 90 ancianos y el 7 de mayo se celebró la inauguración oficial, que contó con la presencia del diputado general, Imanol Murua, del alcalde, Miguel Buen y del obispo, José M^a Setién. El acto concluyó con una comida con los residentes. A los postres

un otxote, improvisado por Imanol Murua con varios ancianos y algún que otro concejal, competía con las jotas navarras de Avelina Jáuregui. Otro memorable recuerdo.

Al cabo de un año, la gran mayoría de los ancianos acogidos eran autónomos. Ello facilitó el propósito de la Junta de revitalizar la residencia y cambiar la idea extendida que se tenía de asilo. Porque, se reconociera o no, aún seguía muy presente entre las familias el prejuicio que suponía *meter al anciano en una residencia*, con toda la carga de estigma que ello conllevaba. Y había que desterrar aquella imagen. Fueron años de excursiones en autocar, de escapadas a sidrerías y de bailes de salón. La vida en la residencia no podía ser más activa. Tuvimos varias bodas, se organizaron estancias en el Mediterráneo y viajes a la Expo de Sevilla y sacamos a la luz una revista, *Hemen Gaude*, en cuya redacción intervenían los propios ancianos. Hasta llegó a convocarse por el comité de residentes una huelga de hambre, en protesta por la subida de cuotas. Sobra decir que aquella huelga duró un solo día y que los ancianos tuvieron que resignarse a que el Ayuntamiento siguiera hurgando en sus bolsillos.

Fueron también años convulsos, en los que la brecha social que existía en el pueblo entre las diferentes sensibilidades e ideologías políticas, se hacía irreconciliable. Pero aquella crispación que se respiraba en el ambiente y que hacía reventar los plenos, no llegó nunca a la Junta del Patronato. Bien al contrario, sus miembros aparcaban diferencias y unían sus esfuerzos en pro de sacar la residencia adelante. Y en aquellas circunstancias, fue especialmente meritorio.

No tuvo que transcurrir mucho tiempo para que empezara a cambiar la imagen de *hotel-residencia* que se había prodigado. La realidad, siempre terca e implacable, se imponía a las previsiones y los ancianos ingresaban cada vez más discapacitados. Nuestra residencia estaba cogiendo una clara deriva hospitalaria. Era lo esperado.

Y comenzó la adecuación del centro a las necesidades del municipio. Había que reconvertir las plazas para dar cabida a solicitantes con mayor nivel de dependencia. La primera remodelación se llevó a cabo en 1992, con la reconversión de 20 plazas de autónomos y la creación de 11 nuevas

plazas de grandes dependientes. Dos años después se produjo la salida de las Hijas de la Caridad, lo que llevó a la sustitución de las religiosas por personal seglar, así como a la habilitación de 12 nuevas plazas. En contra de algunos augurios, el centro siguió su marcha ofreciendo el mismo nivel de atención a los residentes.

Tras la última remodelación llevada a cabo en 2007, nuestra residencia cuenta actualmente con 125 plazas de grandes dependientes y una Unidad Psicogeriátrica para 15 usuarios. Al objeto de responder a las fuertes cargas sanitarias de los residentes, el centro se ha tenido que dotar de un mayor contenido geriátrico, adecuando el perfil profesional del personal de atención directa, creando un servicio médico-sanitario y de cuidados paliativos permanente, e incorporando nuevos servicios: atención psicológica a residentes y familias, podología, fisioterapia y animación socio-cultural.

Pero uno de los puntos fuertes de la residencia es su entronque en el municipio, ese especial vínculo que siempre ha tenido con el pueblo. Se diría que la trayectoria que hemos seguido a lo largo de estos 25 años ha estado marcada por la estela del hospitalillo. Desde sus comienzos, allá por 1897, el viejo hospital ha ocupado un lugar preferente en la historia de Errenteria y aún sigue vivo en la memoria de su gente: aquel entrañable parvulario en el que iniciaron muchos niños sus pinitos en la lectura; las misas de los domingos de

verano que, por breves, atraían a los más jóvenes. *Así íbamos antes a la playa*, confesaba alguien no hace mucho; los personajes y viejas glorias que han pasado por el asilo, dejando una impronta repleta de anécdotas que avivarían la imaginación de cualquier novelista huérfano de ideas. Y aquella sala de curas, que hacía las veces de cuarto de socorro. Eso sin olvidar las campañas, propias de la época, que se hacían en el pueblo en favor de los ancianos: la *Operación Silla*, en la que la gente donaba sillas que luego el asilo alquilaba para conciertos y festivales; la *Operación Cigarro*, con aquellas cajas que se veían en las barras de los bares y que llenaban de pitillos las cuadrillas de *txikiteo*; o la *Operación Botella*, en la que se entregaban botellas vacías que luego eran vendidas por el asilo.

Sin duda, nuestra residencia ha sabido recoger el testigo que dejó el hospitalillo, mostrando siempre una actitud cálida y acogedora ante cualquier expresión de afecto o de acercamiento que se ha tenido hacia ella. Durante todos estos años, han sido infinitos los gestos de aprecio y de apoyo que hemos recibido de todo tipo de grupos, asociaciones y particulares; gestos que han hecho que los ancianos nunca se hayan sentido ajenos a la vida del pueblo.

Pero el verdadero patrimonio de la residencia está en las personas, mayoritariamente mujeres, que trabajan en ella. No hace mucho, coincidiendo





en un foro sobre el futuro de nuestro sector, nos preguntábamos algunos hasta qué punto debemos seguir valorando la atención al anciano, a través de todo un repertorio de ratios, indicadores y protocolos que, en ocasiones, no hacen sino ahogarnos en nuestra propia burocracia. Hasta qué punto no debemos mirar hacia ese indicador subjetivo, que pocas veces aparece en las auditorías o en los planes de calidad, pero que es determinante en nuestro quehacer diario: el componente humano. Esa permanente vocación de profesionalidad, de cariño y de respeto, con que el personal de nuestra

residencia ha tratado siempre a los ancianos. Y ahí está nuestro auténtico valor, nuestro patrimonio.

Vienen tiempos de cambios. Si se cumplen las previsiones, en poco menos de dos años el Ayuntamiento de Errenteria deberá entregar la gestión de la residencia a la Diputación Foral de Gipuzkoa, al igual que les ocurrirá al resto de centros municipales. Esperemos que ello no suponga un cambio de rumbo y que nuestra residencia continúe siendo un referente de calidad en el ámbito de la atención geriátrica.

